

Manuel Ribas fue un hombre polifacético: arquitecto, abogado, catedrático de Urbanismo en la Escuela Técnica Superior de Arquitectura de Barcelona, bibliófilo, divulgador, viajero infatigable, miembro de instituciones europeas relacionadas con el urbanismo, la ordenación del territorio y el paisaje, iniciador y organizador de los estudios de Paisajismo y Jardinería en nuestro país.

Conocí a Manuel Ribas en el año 1958, en la Escuela de Arquitectura, cuando apareció como profesor ayudante de la cátedra de “Urbanología” –así se llamaba– una asignatura que se explicaba a partir de un programa confeccionado en 1945 basado en conceptos y bibliografía que, a lo sumo, provenían de los años 20 del siglo pasado. La llegada de Manuel Ribas fue como un soplo de aire fresco en el rígido ambiente de la época y el inicio de la apertura de la Escuela a la cultura urbanística moderna europea. Él inició la renovación de la cátedra y fue el verdadero introductor del Urbanismo, tal y como lo entendemos hoy en día, en la Escuela de Arquitectura de Barcelona.

En 1958 Manuel Ribas tenía 33 años y una sólida formación como arquitecto y urbanista. A pesar de las dificultades para viajar al extranjero que experimentaban los ciudadanos españoles en aquella época, él había podido asistir, en Bruselas, a los cursos de Gaston Bardet, urbanista francés actualmente poco reconocido, pero que en 1951, cuando Manuel contactó con él, había sido presidente de un grupo de trabajo de la Organización de las Naciones Unidas sobre “Vivienda, urbanismo y administración del campo”. Él había difundido el urbanismo llamado “culturalista”, preocupado por las cuestiones sociales en la ciudad, frente a la corriente “funcionalista” difundida por Le Corbusier, que fue la que finalmente se impuso en la reconstrucción de Europa después de la Segunda Guerra Mundial.

A pesar de tener en cuenta las aportaciones de Le Corbusier en el pensamiento urbanístico moderno, Manuel Ribas fue siempre fiel a este ideario de reconocimiento de las bases culturales de las sociedades urbanas, de la historia de la formación de los núcleos urbanos y de los antecedentes económicos, sociales y formales de las ciudades.

Fue ampliando estas bases culturales a lo largo de toda su vida a través de los innumerables contactos que estableció con las universidades, escuelas de arquitectura, instituciones, cursos, simposios y congresos por todo el mundo. Tuve la suerte de acompañar a Manuel Ribas en muchos de estos viajes y me ha parecido que podría ser interesante explicar en este acto de homenaje, algunos de los descubrimientos que hicimos juntos.

Compartir un viaje es una de las mejores maneras de conocer a las personas. Descubrir qué piensan los demás, constatar el grado de coincidencia y de tolerancia; la confluencia de intereses y de ideas hace que, a lo largo de los años, si se repiten los contactos, se consolide la relación, el conocimiento mutuo y la amistad.

Manuel, Anna Maria, Marta y yo hicimos una veintena de viajes, viajes largos. En todos ellos nuestra pasión fue profundizar en la historia, la arquitectura y el urbanismo de los pueblos y las ciudades que visitamos. Y también en el conocimiento de la gente y de las instituciones que nos acogieron en sus congresos o reuniones. Una sencilla crónica, sin pretensiones académicas, de algunos de estos viajes me permitirá transmitir qué temas despertaban el interés de Manuel Ribas y cuáles me parece que eran algunas de sus opiniones.



Asplund. Cementerio del Bosque. Estocolmo. 1963.

En 1963, hace ya cincuenta años, fuimos a Estocolmo, en un viaje organizado por profesores y alumnos de la Escuela Elisava, de la que Manuel y yo éramos profesores. En el recorrido visitamos el convento de La Tourette y la capilla de Ronchamp de Le Corbusier, las obras de Arne Jacobsen en Copenhague y las nuevas ciudades satélite de Vällingby y Färsta en Estocolmo.

Al atardecer de un día de verano mientras regresábamos en metro desde Färsta, Manuel, como siempre acompañado de libros y planos, iba siguiendo el itinerario en un mapa de la ciudad y comentando en voz alta los lugares más significativos del recorrido. De repente, localizó un cementerio en el mapa. Una mancha verde con cruces blancas estaba dibujada junto a la próxima estación.

Alguien dijo:

“¿Un cementerio en el sur de Estocolmo? ¿No será el cementerio de Asplund?”

Las referencias que teníamos en aquellos momentos eran escasas: una cita de Alberto Sartoris en la *Encyclopédie de l'architecture nouvelle* y, sobre todo, la *Historia de la Arquitectura Moderna* de Bruno Zevi, que consideraba el cementerio como una obra de elegiaca dignidad, de una monumentalidad implícita, religiosa, que no tiene nada en común con los pleonasmos del monumentalismo.

Recordando a Zevi, relacionamos, al instante, memoria, mapa y realidad. El único cementerio importante al sur de Estocolmo estaba en la próxima parada de metro. Era muy tarde. En Suecia, a las nueve y media de la tarde, lo más probable era que el cementerio estuviera cerrado. Pero quizá podíamos tener suerte.

Dicho y hecho: en lugar de continuar hacia el centro, decidimos de repente bajar del ferrocarril.

En la estación no había nadie. Pero al salir descubrimos, a pocos metros y tras una gran masa de árboles, la valla del cementerio. Al llegar frente a la puerta contemplamos, entre los barrotes de la reja, el fantástico espec-

táculo de arquitectura y paisaje. La pequeña avenida arbolada de entrada. Más adelante, el larguísimo y estrecho paso peatonal, un camino suave delimitado a la izquierda por una pared blanca y baja que se prolongaba hasta el porche de la capilla, situado casi en el horizonte, la enorme cruz presidiendo la escena a lo lejos, los árboles del bosque cerrando el gran primer plano de césped en suave pendiente y, a la derecha, la pequeña colina de la Meditación, coronada por un cerco de dieciséis árboles de gran copa y escaso follaje que destacaban contra el cielo. Aquella noche, al pie de la colina, una treintena de pájaros blancos levantaron el vuelo a nuestro paso.

Recortados contra el verde del césped, se desplazaron cien metros más allá de nosotros. Sólo se oía el revoloteo de sus alas.

El espectáculo era impresionante. Todos hubiéramos jurado que Erik Gunnard Asplund había incluso diseñado los pájaros. Fue una noche memorable, de las que perduran en el recuerdo.

Quiero creer que la vocación de Manuel Ribas para integrar arquitectura y paisaje, de la manera como lo hacía en sus clases, nació, en parte, después de aquella extraordinaria visita al Cementerio del Bosque de Estocolmo. La sensibilidad que mostraban sus proyectos de arquitectura y la preocupación por la estructura y la forma de la ciudad que impregnaban sus planes de urbanismo son la prueba más evidente de ello.

En 1970, Manuel Ribas me inscribió en el VII Congreso de la fundación cultural europea “Citizen and cities in the year 2000” que se tenía que celebrar en Rotterdam.

Visitamos las obras del Rotterdam-Europort y las gigantescas actuaciones de contención del mar, bombeo de agua, desecación y desalinización de las tierras en el lago Zuiderzee, que mostraban la secular lucha de los holandeses por construir el territorio de los ‘países bajos’ y formar los *polders* que más adelante iban a cultivar o urbanizar.

En aquellos momentos, el Rotterdam-Europort se había convertido en el puerto más importante de Europa y por sus muelles pasaban las mercan-

cías que se trasladaban a través de los sistemas viario, ferroviario y fluvial que confluían en los territorios de las desembocaduras del Rin, del Mosa y de la Escalda.

En los *polders* del lago Zuider se desarrollaba una ingente obra de urbanización y se construían dos nuevas ciudades, Drönten y Lelystad, además de una serie de núcleos menores de carácter residencial, convenientemente distribuidos en el territorio.

En la conferencia de clausura del Congreso, –presidida por la reina Juliana y pronunciada por el gran economista americano John Kenneth Galbraith, quien, por cierto, no dejó de poner en solfa un sistema político y económico que permitía a unos países construir su propio territorio dentro del mar, mientras otros estaban en la miseria– Manuel Ribas nos confesó que era monárquico. No sé si últimamente, –vistos los recientes acontecimientos– mantendría esa creencia. Pero en 1970, sí. Fue así: a la hora en punto, cuando todos estaban sentados en la sala de actos donde debía de celebrarse la sesión, resultó que la conferencia no podía comenzar porque la reina no había llegado. Por fin llegó, diez minutos tarde, y lo primero que hizo fue disculparse porque un accidente de tráfico había entorpecido el paso de la comitiva real. Al acabar el acto, después de saludar personalmente a la reina, Manuel nos dijo:

“–Veis, esto en nuestro país no hubiera ocurrido. Sólo una monarquía como ésta tiene la categoría de disculparse delante del pueblo por un hecho así. Entre otras razones, por eso yo soy monárquico y suscriptor del *Diari de Barcelona*”.

En 1976, Manuel Ribas me propuso ir a Finlandia a una conferencia del ISOCARP (International Society of City and Regional Planners) que se iba a celebrar a bordo de un pequeño barco, que navegaba por el lago Saimaa. Me proponía viajar, en tren, hasta Helsinki, y desde allí, una vez finali-

zada la conferencia, ir a Rusia, a Leningrado. Viajaríamos preferentemente de noche, así durante el día podríamos visitar algunas obras de interés.

En Helsinki, visitamos la ciudad histórica, con el mercado en el puerto, donde los campesinos ofrecen sus frutas y verduras desde las barcas, con los dignos edificios institucionales del gobierno finlandés, con una rambla que podía parecerse a la de Barcelona, con la estación de Eliel Saarinen y, sobre todo, con los edificios de Alvar Aalto.

También visitamos el Finlandia Hall, el extraordinario Palacio de Congresos situado en el nuevo centro urbano, proyectado por Aalto. La armonía de los volúmenes, la disposición de las masas en contraposición a los vacíos, la localización de la autopista de penetración al centro, situada en parte sobre las vías del tren. Todo ello formaba un conjunto de notable sensibilidad, logrado con los elementos que generalmente uno puede considerar complejos, y a veces negativos, en la formación del territorio de las ciudades.

Muy cerca de la Universidad de Otaniemi, teníamos el nuevo barrio de Tapiola, construido en los años 50, con obras de diferentes arquitectos. La ciudad-jardín de Tapiola, proyectada por los arquitectos Aulis Blomstedt, Aarne Ervi, Viljo Rewell y Markus Tavio es, probablemente, el mejor ejemplo europeo de integración de arquitectura y paisaje, una integración que Manuel Ribas supo captar hasta el extremo de ponerla como tema importante de estudio en los cursos de Urbanismo de la Escuela de Barcelona.

En las afueras de Helsinki también visitamos Hvitträsk, la mítica residencia-taller de Eliel Saarinen, Herman Gesellius y Armas Lindgren, el entorno paradisíaco donde se desarrolló, a comienzos del siglo XX, la tarea de estos extraordinarios arquitectos hasta la emigración de Saarinen a América. La gran casa de piedra y madera negra, con la sauna al lado del lago, rodeada de bosques de abedules, hoy en día convertida en museo, amueblada



Saarinen-Sauna de Hvitträsk. 1976

y equipada con los muebles originales, nos da una idea de cómo vivían y trabajaban estos arquitectos, amigos de Sibelius, Mahler o Maksim Gorky.

El tema del Congreso del Lago Saimaa era la presentación de los estudios sobre el aprovechamiento de las aguas de la región, con el análisis de los recursos, de la contaminación, de la pesca, del transporte de madera por el lago hasta las fábricas de papel, del paisaje, del turismo, etc. A nosotros, después de dos días de navegar por el lago, entre Savonlinna y Lappeenranta, viendo sólo agua y bosques en medio de un paisaje idílico y casi desocupado, sin apariencia de contaminación, la preocupación de los finlandeses por la conservación de la naturaleza y el medio ambiente nos pareció, en aquel momento, un poco exagerada, sobre todo en comparación con nuestras playas sucias, las aguas contaminadas, la porquería ambiental y la suciedad de nuestras ciudades y pueblos. ¡Después hemos aprendido cuánta razón tenían! Manuel tomó nota de todo e incorporó a sus cursos de urbanismo y arquitectura del paisaje una asignatura medioambiental.

En Lappeenranta, apareció Joan Anton Solans, que se incorporó a nuestro viaje.

Rusia. Primera parada: Viipuri, para visitar la biblioteca de Aalto, construida cuando la ciudad pertenecía a Finlandia, antes de la Segunda Guerra Mundial. Decepción, al ver como maltrataban aquella obra excepcional los funcionarios del régimen.

Leningrado, San Petersburgo capital de los zares, la magnífica ciudad sobre la desembocadura del Neva que, con la potente estructura proyectada por Alexander Leblond, había resistido los embates de su agitada historia. En la estación de tren había un panel luminoso que marcaba el recorrido y todas las estaciones del Transiberiano. Manuel pulsó el botón hasta Vladivostok y, de repente, se encendieron los puntos que representaban todas las ciudades del viaje. “Un día iremos”, dijo.



1977, Grecia. Atenas, congreso del ISOCARP dedicado a la evolución de las estructuras urbanas y a cómo conseguir la coherencia. Subimos a la Acrópolis a las ocho de la mañana, para evitar la avalancha de turistas que todo el día transitan por los templos. A las ocho, la vía escalonada que a través de los Propileos conduce a la explanada de los templos estaba desierta. Nadie nos privaba de la contemplación del magnífico espectáculo del Partenón, del Erecteón con sus cariátides, del templo de Atenea Niké... La pieza más importante de la arquitectura griega se nos aparecía con toda su magnificencia, recortada contra el cielo azul de un día de verano. Al atardecer fuimos al cabo de Súnion. Con el sol poniente sobre el mar, que iluminaba las columnas del templo de Poseidón, Manuel nos sorprendió una vez más: abrió la cartera, que siempre llevaba consigo, y sacó un libro: *Les elegies de Bierville* de Carles Ribà. Con voz grave, pero con la emoción contenida, leyó:

“Súnion! T'evocaré de lluny amb un crit d'alegria,
tu i el teu sol lleial, rei de la mar i del vent:
pel teu record, que em dreça, feliç de sal exaltada,
amb el teu marbre absolut, noble i antic jo com ell.”

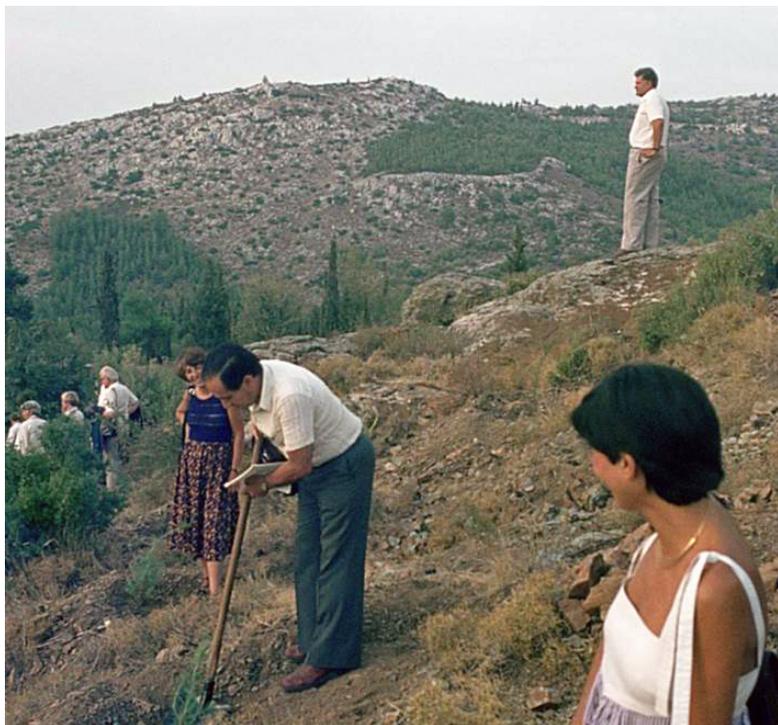
Esta escena fue increíble. Manuel había planificado el viaje con todo detalle. No había olvidado nada. Su formación novecentista y su espíritu se manifestaban perfectamente en la lectura, pausada y solemne, de la segunda elegía de Ribà.

El resto del viaje fue un intenso repaso a la gran arquitectura griega: Eleusis, Delfos, Corinto, Epidauro, Olimpia, Bassae y el país de Mani, en el Peloponeso. Y también algunas obras capitales de la arquitectura bizantina: Delphi, Ossiós Loukás, Mistras y Kaisariani, donde Manuel, además de asistir a la fiesta de un bautizo ortodoxo, dejó plantado un árbol en un acto de reforestación de un bosque arrasado por un incendio el año anterior.

En 1989 fuimos a Turquía. Estambul, la Constantinopla del Bósforo y del Cuerno de Oro. La ciudad mágica del cruce de culturas, con los minaretes de las mezquitas, los bazares intrincados y el palacio de Topkapı. En Estambul, un atardecer, mientras tomábamos un té en una terraza, al pie de la torre Gálata, pudimos entender la enormidad de la tragedia de los sefardíes. Un matrimonio de avanzada edad de una mesa vecina se nos dirigió en un castellano pintoresco. Eran judíos sefardíes y nos explicaron que pasaban los veranos en Estambul porque era más barato que vivir en Jerusalén, donde la pensión de jubilación que cobraban del gobierno israelí no les alcanzaba. Su familia había sido expulsada de España en el siglo XV y había vivido en Tesalónica hasta mediados del siglo XX, cuando se trasladaron a Israel. Todavía hablaban el castellano, pero nos dijeron que sus hijos eran “sabras”, habían nacido en Israel, y ya no lo hablaban.

La mole imponente de Santa Sofía, que preside el paisaje urbano, está rodeada por un conjunto de *Külliyes*, o barrios equipados, cada uno con su propia mezquita, la *madrassa*, los baños, situados en el centro de las viviendas de cada barrio. Algunas de estas mezquitas fueron proyectadas por Sinan, el gran arquitecto de Soliman el Magnífico y de su hijo Selim, que fue contemporáneo de Miguel Ángel y de Palladio. La mezquita de Soliman, y las de Bayacid, de Mihrimah, y del sultán Ahmed, con sus cúpulas y medias cúpulas definen, aún hoy en día, la silueta de Estambul.

Pasamos a Anatolia donde visitamos Bursa, la antigua capital, con el “Külliyeye” y la mezquita de Bayacid. De allí nos dirigimos a la costa. Por el camino, las fabulosas ruinas de ciudades como Hierápolis, Afrodísias, Éfeso, Pérgamo, Priene, Mileto, Dídimo y Halicarnaso, siempre comentadas sobre los planos de la *Guide bleu* que Manuel no abandonaba nunca. Recuerdo a Manuel, emocionado ante los restos del templo de Dídimo, casi acariciando la perfecta talla de la moldura de un entablamento de mármol inmaculado que le recordaba el modelo de yeso que habíamos tenido colgado en la pared de la Escuela.



Reforestación. Kaisariani. 1977



Berlín. 1994

En 1997 viajamos a Irán, hoy el país de los *ayatollahs*, pero que a lo largo de los siglos había sido el país de los sumerios, asirios, persas, griegos y sasánidas.

Llegamos a Teherán, la inmensa capital asentada en la falda del Elbruz. Pero la ciudad que más nos interesaba era Isphahan, la antigua capital, fundada en 1597 sobre los restos de la ciudad saqueada por Timur, doscientos años antes. Y de Isphahan, lo que queríamos ver eran los jardines y la enorme y extraordinaria plaza del Maidan.

El Maidan es una plaza rectangular perfecta, completamente porticada, de 510 x 165 metros. En el ángulo noreste conecta con el Gran Bazar, formado en los porches de un estrecho y sinuoso camino de más de 1500 metros de largo que llega hasta la gran mezquita del Viernes, bordeado por una serie de mezquitas, *madradas*, *caravanserais* y *hammams* (baños). En el lado sur del Maidan, la mezquita del Shah; en el lado este la mezquita de Lotfullah; y en el lado oeste el palacio de Alí Qapu con la tribuna elevada sobre los porches, desde la cual los Shah contemplaban los espectáculos que se producían en la plaza. Uno de los espectáculos eran los partidos de polo, un deporte que se practicaba desde tiempos antiguos.

Entre 1987 y 1999 realizamos diversos viajes a Alemania con Anna Maria y Manuel. Viajes de estudios, con los alumnos de la Escuela, o viajes en que aprovechábamos la asistencia a un congreso o reunión de arquitectos o urbanistas y que alargábamos unos días para conocer mejor la arquitectu-

ra alemana. Berlín, Dessau, Dresden, Weimar, Leipzig, Erfurt y la obra de los grandes arquitectos racionalistas Gropius, Mendelsson, Mies van der Rohe, Hans Scharoun, Tessenow, Hannes Meyer, Bruno Taut, etc.

Recuerdo como uno de los más interesantes el viaje de 1994, que dedicamos especialmente a la obra de este gran arquitecto del siglo XIX que fue Karl Friedrich Schinkel, el arquitecto que marcó toda una época. Schinkel fue un gran arquitecto, pero también pintor, interiorista y escenógrafo. Sus dibujos arquitectónicos son de una precisión y una calidad extraordinarias. Los decorados para la representación de *La flauta mágica* de Mozart son antológicos.

El Museo, el edificio de la Guardia y el castillo de Glienicke en Berlín, el castillo de Charlottenhof en Postdam y el castillo de Tegel, propiedad de la familia de Wilhem von Humboldt, el hermano del gran naturalista alemán, fueron objeto de nuestra visita.

Todos los edificios eran lugares abiertos al público, pero el castillo de Tegel, el día que fuimos, estaba cerrado. Situado al final de un camino de grava, en medio del bosque, parecía estar poco visitado.

Sólo una puerta con un timbre mostraba alguna presencia humana. Llamamos a la puerta varias veces, pero nadie contestó. Dimos la vuelta al edificio y contemplamos el jardín desde la terraza posterior. En la terraza había una mesa de madera blanca y seis sillas a su alrededor. No se veía a nadie. Nos sentamos, tranquilamente, en las sillas. Desde allí contem-

plábamos el prado, en ligera pendiente hacia el castillo y, en la lejanía, un grupo de árboles altos con algunas piedras a sus pies y, en medio, una gran columna jónica. A ambos lados del prado unas filas de árboles, perfectamente alineados, enmarcaban los caminos que conducían al grupo de árboles de la lejanía. La escena era a la vez fantástica e inquietante. De repente, de uno de los márgenes del bosque apareció un perro, y detrás del perro una *fräulein* con un gran cesto de setas en el brazo. Nos pusimos en pie movidos por un resorte, con la mala conciencia de haber invadido, sin permiso, la propiedad ajena. Dimos a la señora la explicación correspondiente: “Somos arquitectos de Barcelona...”. Ella, que era la propietaria de la casa, nos escuchó amablemente y como empezaba a llover, nos hizo entrar en la sala, donde desde la cocina nos llegaba el olor a *strudel*. Fue muy amable. Nos mostró los interiores de la inmensa casa-castillo, con salas que contenían esculturas, objetos y libros de Humboldt, su antepasado, colocados en su lugar por el mismo Schinkel. Fue una visita extraordinaria.

Cuando ya salíamos, después de agradecer a la señora su atención, a Manuel se le ocurrió preguntar: “¿Qué son esas piedras de allá arriba?”; “Es nuestro cementerio”, respondió la señora, “pueden visitarlo”.

Allá fuimos. Las tumbas del cementerio, dispuestas en forma y orden de árbol genealógico de las familias von Humboldt y von Bülow, destacaban, blancas de mármol, sobre la hojarasca seca caída de los árboles en el invierno de Berlín.

Italia, 1995. Todos los arquitectos hemos ido a Italia alguna vez. Manuel muchas veces, porque, entre otras cuestiones, tenía una cita anual en Urbino, con los alumnos seleccionados por la Escuela de Barcelona que asistían, como cada verano, a los cursos internacionales de Urbanismo que dirigía Giancarlo de Carlo. Manuel también daba una conferencia en estos cursos. En 1995, excepcionalmente, el curso se celebró en San Marino, y nosotros acompañamos a Anna María y a Manuel con la idea de visitar también las ciudades de la Lombardía, Emilia Romagna y Le Marche que

quedaban cerca: Vigevano, Lodi, Crema, Soncino, Cremona, Mantua, Ferrara, Montagnana, Comacchio, Ravenna, Rimini, Urbino y Ancona.

Vigevano, con el *castello sforzesco* y la *piazza ducale*, las catedrales de Lodi y Crema, el castillo de Soncino, el palacio Té y la basílica de San Andrés de Mantua o la extraordinaria ordenación urbanística de la Ferrara de Biagio Rossetti, que Bruno Zevi define como la primera ciudad moderna europea, proyectada en 1492, son solo unos ejemplos del gran interés de este viaje, que hicimos al amparo de dos estupendas guías editadas por el *Touring Club Italiano*, unas guías que parecen pensadas y diseñadas especialmente para los arquitectos, que Manuel Ribas llevaba y seguía.

En el año 2007 hicimos juntos el último viaje. Fuimos a Millau a ver el viaducto que había proyectado el arquitecto inglés Norman Foster. De camino visitamos en el Llenguadoc, cerca de Narbona, la abadía gótica cisterciense de Santa María de Fontfreda y, pasado Millau, los pueblos medio abandonados, como Saint Jean d’Alcas y su pequeña bastida amurallada.

El viaducto de Millau salva el valle del Tarn. Nos alojamos en un antiguo hostel que tenía una magnífica vista sobre el valle y el enorme viaducto. Los esbeltos pilares de Foster, equidistantes, con los cables que soportaban el puente perfectamente ordenados en el paisaje, eran el ejemplo más claro de cómo una obra de enormes dimensiones se puede integrar delicadamente en el territorio. A pesar del frío que hacía, Manuel, maravillado, quiso bajar del coche en uno de los miradores, desenfundó su vieja máquina fotográfica y disparó el obturador.

Lejos, en medio de la niebla, se recortaba el enorme puente de Foster, que parecía un espejismo irreal, con sus esbeltas columnas de las que colgaban los cables que soportaban el tablero.

Texto presentado en el Acto de Homenaje a Manuel Ribas i Piera celebrado el jueves 21 de noviembre de 2013 en la sede del Institut d’Estudis Catalans en Barcelona. El acto fue organizado por el IEC con la SCOT, la AAUC, el DUOT y la ETSAB.



En Memòria de Manuel Ribas i Pjera | Lluís Cantallops Valeri

04-2013
www.dur.upc.edu

Viaducto de Millau. 7 Diciembre 2007